

Réquiem por un escritor torero

Hernán Lara Zavala

Muy querido amigo y compadre y valiente y bravo escritor:

Cómo olvidar cuando don Joaquín Díez-Canedo, en sus oficinas de la calle de Tabasco, allá por los años ochenta, en la editorial Joaquín Mortiz y todavía con Bernardo Giner de los Ríos en calidad de su segundo de abordo, me comentó del garbo con el que siempre te conducías, desde tu caminar, cual torero en paseillo, hasta cuando negociabas con él tus libros o hablabas de cualquier otro asunto. Eran todavía las épocas del detective Ifigenio Clausel de *Trampa de metal* y *Muerte en la carretera*. Don Joaquín te había rechazado un libro previo y ahora había aceptado, para tu beneplácito y orgullo, publicarte la segunda novela de Ifigenio, tu *alter ego* policiaco, sin imaginar que antes ibas a ganar la primera edición del Premio Internacional Juan Rulfo de Radio Francia Internacional con tu magnífico cuento “El Rayo Macoy”. Eso representó un doble triunfo pues, con su buen ojo de editor, don Joaquín decidió publicar primero *El Rayo Macoy* y posponer para el año siguiente *Muerte en la carretera*. Muy a tu estilo habías logrado entrar finalmente por la puerta grande a la prestigiada editorial Joaquín Mortiz no sin algunos descabros y la publicación de *El Rayo Macoy* no sólo significó el reconocimiento generalizado de la crítica a tu trabajo sino, sobre todo, una nueva manera de narrar que le imprimía un giro de ciento ochenta grados a tu estilo literario. A partir de ahí abandonaste las frases cortas a lo Hemingway para empezar a ejercer tus pirotecnias verbales con diversas voces y a bordar sobre lo que finalmente sería tu característico estilo literario que fue evolucionando obra tras obra. Todavía escribiste una novela más sobre el perso-



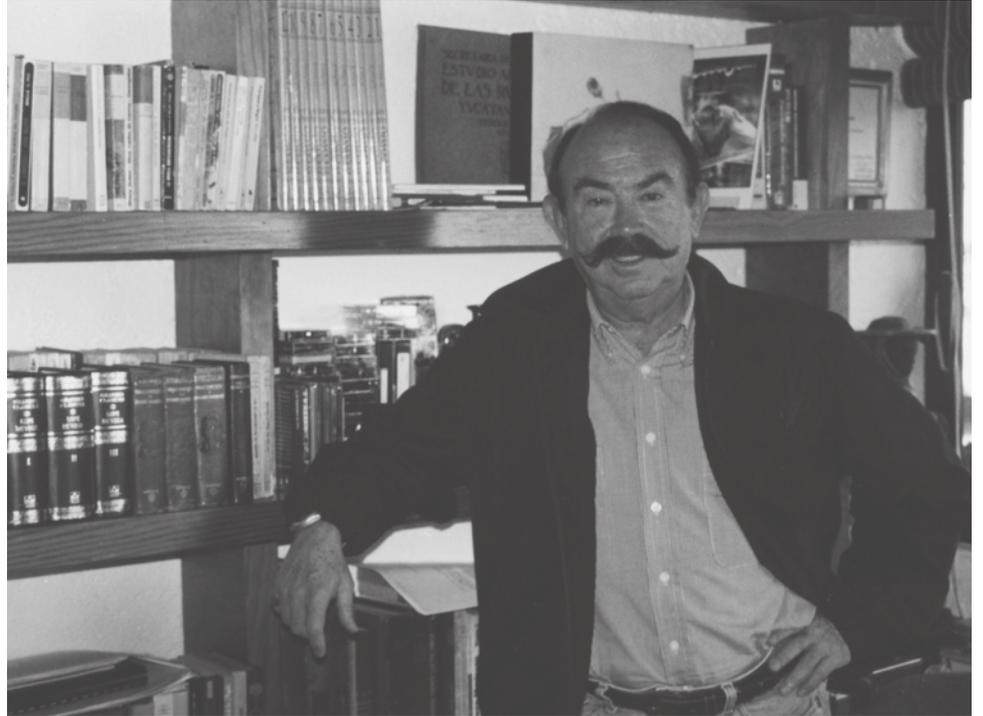
naje de Ifigenio, *Al calor de Campeche*, que también te valió un premio aunque a partir de ese momento decidiste abandonar la novela policiaca, el género negro y diste por muerto a nuestro simpático e irreverente amigo el detective Ifigenio Clausel, cuyas oficinas estaban en la calle Aguayo, en el corazón de Coyoacán, y por consiguiente asiduo visitante de la cantina La Guadalupana a la que hiciste célebre gracias a tus novelas.

A partir de esta importante decisión iniciaste una segunda etapa en tu carrera literaria que se centró en cuentos y novelas que aumentaron considerablemente tu bibliografía pero sobre todo la calidad de tu trabajo pues con cada nueva obra ibas en continuo ascenso, una superando a la anterior en una infatigable búsqueda te-

mática y estilística. Después de “El Rayo Macoy” escribiste cuentos magistrales como “Paloma negra”, “Los territorios de la tarde”, “Con el *foul* a cuestras”, “Danzón dedicado”, “Mingo el terrestre”, “Eso dicen” y “Aprisionarte quisiera”, que luego se convertiría en la novela breve *El mestizo de Salgari*. En tus novelas la nueva etapa se inicia con aquella obra sobre la Ciudad de México que lleva el sugerente título de *La jaula de Dios* en la cual ya se prefiguran los libros venideros. Le siguió *Con M de Marilyn* que escribiste emocionado pensando en la Marilyn y en José Bolaños, el director y *playboy* que logró seducir a la mismísima diva Monroe cuando estuvo de visita en México. El tema te venía como anillo al dedo pues había un pícaro de por medio ligándose a una diva que moriría en circunstancias tan misteriosas como sugerentes. Habías abandonado la novela detectivesca y el género negro para penetrar en un mundo más oscuro, más real, más descarnado, más cruel por el cual siempre te habías sentido atraído y que se relacionaba con el bajo mundo, con los antros, con la violencia, con los *freaks*, con el crimen, con la prostitución, con hampa pero que ahora empezabas a observar con un ojo más crítico, menos desmadroso, con la mirada del novelista que enfoca a la sociedad como parte de un fenómeno complejo en donde no hay víctimas ni villanos sino simplemente el devenir del mundo ejerciendo sus justicias e injusticias. Lo mejor estaba por venir. El golpe maestro lo diste con *La mara* pues, si en tus cuentos habías creado una suerte de monólogo dramático en el que prescindías de guiones y comillas, de intrusiones editoriales y de una sola voz narrativa, creando una suerte de polifonía rítmica donde el

lector tenía que ir identificando voces y protagonistas mientras seguía la trama, con *La Mara* te lanzaste a un proyecto lírico dramático de lenguaje violento, originalísimo, desgarrado e iracundo que refleja la angustia, el desamparo y la brutalidad que se respira en nuestra frontera sur. Los braceros mexicanos que intentan cruzar por el norte, con toda su tragedia a cuestas y sus espaldas mojadas, resultan apenas un pálido reflejo de lo que tienen que enfrentar los migrantes que intentan adentrarse en nuestro país por el lado del sur para alcanzar el sueño dolaresco pues además de las adversidades naturales, de la pobreza, de las leyes migratorias, de los prejuicios étnicos, de los abusos y corruptelas de las autoridades de aquí y de allá, tienen que enfrentar a la Mara Salvatrucha para poder cruzar el Satanachia-Suchiate, como rebautizaste al río. Y no es gratuito que los que logran pasar lo hagan en balsas transportadas por hombres como si estuvieran abordando la barca de Caronte. Con *La Mara* escribiste una novela desgarradora y dramática, un novela de madurez dentro de tu obra que da cuenta con ritmo vertiginoso y creativo lenguaje lo que padecen y viven aquellos que salen en busca de trabajo en ese ambiente húmedo, mortecino, caluroso, lleno de bochorno y de insectos y que no es sino una muestra de una de las tantas tragedias que se viven en nuestra América.

Con *La esquina de los ojos rojos* todavía diste un paso más allá pues tu observación y conocimiento del bajo mundo se centró ahora en el barrio bravo de Tepito en la Ciudad de México, que tan bien conocías y tanto amabas, con su extraña fauna de comerciantes, grafiteros, teporochos, sicarios, pandilleros, extorsionadores, contrabandistas, soplones, capos y tiras, pero sobre todo con la presencia inquietante y siniestra de la Santa Muerte cuyo culto heredamos desde los mitos aztecas y que la continúan Posada, Diego y la imaginación popular hasta que a los tepiteños se les ocurrió levantarle un santuario en una esquina para encomendarle sus pobres y efímeras vidas y “a la que adoran los píos de la Santa Niña: los privilegiados que se acogen al amparo de la Santa Señora Blanca que lo domina todo”. En esta novela tu



prosa adquiere un lirismo ágil y procaz, creando una suerte de barroco sucio, violento y letal que refleja la manera de ser y de pensar de ese mundo de los que “no tienen techo ni familia ni suspiros, los que duermen al amparo del desmayo o de las fuerzas idas o del sueño eterno en medio de unos ojos que ya no miran...”.

Al recordarte no puedo dejar de pensar en tu amor por los toros. En otro de tus libros, *Tauromagias* (UNAM, Serie Rayuela, 2000) hablas de la tarde del domingo 18 de enero de 1959 en que, por casualidad, tú y tus amigos, que estaban estudiando, decidieron ir a la plaza México dado que “en la Colonia del Valle los domingos en la tarde no había mucho qué hacer. El cine Moderno a esa hora estaba lleno. El parque de junto a la iglesia desolado, en mi casa la única televisión funcionaba en la habitación de mis padres, de tal manera que a alguien, creo que al mismo Anda, se le ocurrió decir:

—Pues vamos a los toros, la plaza está muy cerca”. Esa tarde toreaban Jorge Aguilar el Ranchero, Fernando de los Reyes, El Callao y El Estudiante y entonces, sin siquiera imaginarlo, te picó para siempre “el virus que a partir de esa tarde nunca se cambió por otro entretenimiento, más bien, —rectificaste— por otra afición más poderosa..., esto es lo mío

y lo será para siempre...”, te dijiste y lo cumpliste a través de los años.

Hace menos de dos semanas, cuando presentamos tu más reciente novela, *La esquina de los ojos rojos* en el Centro Cultural de España, me permití citar en tu novela cuando dices que “la vida es una plaza” y a la pregunta de tu personaje que funge como “padrino”, “¿Cuál plaza?”, pones en boca de un tal Capote de Oro la respuesta que sin duda hubieras dado tú: “la que rodea al planeta, mi señor” para después de unos cuantos diálogos añadir: “Si se sale por la puerta grande no importa el rumbo, incluyendo la enfermería, eso lo sabe cualquiera, señor”. Y tú, mi querido compadre, has logrado salir por la puerta grande pues viviste como quisiste, animal de palabras, escritor por vocación y por elección, contador de cuentos y no de cuentas, novelista, cronista, periodista, tallerista, hombre de toro, de palenques y de cantos, de humor fino y mordaz, de espíritu vivo, intrépido, inteligente, amigo entregado a sus amigos, implacable con sus enemigos, gran disfrutador de la vida, conocedor de ciudades, de antros, de mujeres, de políticos, patriota convencido y hombre de izquierda, bebiste de la vida hasta sus heces, trabajaste hasta el último instante y dejas una obra con la que nos acompañarás tal y como si estuvieras presente. **U**